

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pinø Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kátsar

Capítulo VIII. En nuevo rumbo.

por

Alejandro Piñor Alamillo

última hora de la tarde casi todo el mundo se las arreglaba para dejarse caer por la taberna. La gente disfrutaba de aquel antro conocido como La Sirena de Brionne. Rara vez había clientes forasteros a pesar de tratarse de una ciudad portuaria, de modo que no era de extrañar que todos me observaran con desconfianza. No me importaba lo más mínimo, había curado mi herida y llenado mi estómago, ya solo quedaba pendiente regresar a la granja de los Halfrings.

Me despedí del tabernero, no sin antes prometerle otro saco con monedas cuando regresase a Brionne. Me había conseguido un caballo algo famélico, como todos los animales en aquella isla, con lo que no tardé en emprender la marcha. Cuando llegué a la granja solté las riendas del caballo y le permití pastar libre entre las pocas hierbas que sobrevivían entre los barrazales. Suspiré y estiré los brazos al tiempo que escudriñaba los alrededores.

—¿Dónde te escondes?—susurre.

Entré en la casa y alguien salió en mi encuentro.

—¡Kátsar!

—Alissa—dijo aliviado tras comprobar visualmente que se encontraba bien.

—¿Dónde has estado? ¡Demonios, pensé que te habían matado!

Cuando alguien desaparece en Mérlobock, rara vez regresa.

—Estoy bien, ¿dónde está tu padre?—pregunté tajantemente—. Es importante que hable con él.

Noté como sus ojos perdían brillo y su rostro se volvía serio, un porte digno de una noble. Pensé en la posibilidad de besarla y demostrarle que yo también me alegraba de verla, pero una kristin armada rondaba por la zona y no había tiempo que perder.

۶۰

Hír Halfrings me observaba con severidad, no parecía alegrarse de mi regreso. Alatirno y Alissa también habían tomado asiento en una de las sillas de madera vieja del comedor. Lorion suspiró finalmente antes de romper el silencio.

—De modo que mi familia está en peligro por su incompetencia.

—¿Cómo dice?—pregunté sorprendido ante su afirmación.

—Hace apenas unos días le nombré comisario, y no sólo no ha hecho nada todavía sino que además no puede garantizar la seguridad de mi hija.

—Padre, eso no...—empezó diciendo Alissa.

—¡Silencio!—bramó el Hîr.

—Hîr Halfrings, con todos mis respetos, he venido a advertirles del peligro que corren, estamos hablando de la presencia de un kristin.

La última palabra que pronuncié fue como un hechizo que sumió la sala en un frío y aterrador silencio. Podía oír incluso la caída de las hojas secas en el exterior de la casa. Alatirno se removió incómodo en su asiento y se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Kristin? Los kristin son algo del Gran Continente, ¿por qué iba a haber un kristin aquí en Mérlobock?

—A no ser que busque algo, o a alguien—sentenció Lorion con su mirada inquisitiva puesta sobre mí.

—Me busca a mí—dije para confirmar las sospechas del Hîr—, pero no tendrá problema en matar a quién se interponga en su camino.

—¡Mordomo!—bramó Lorion, acto seguido su oscuro sirviente apareció—. Que entren los guardias.

Intercambié miradas de confusión con Alatirno y Alissa. Cuando Mordomo regresó, vino acompañado por seis hombres que parecían mozos de cuadra.

—Comisario—dijo Lorion volviendo su mirada hacia mí—, le presento a su guardia. Ya va siendo hora de que haga su trabajo en mi isla o de lo contrario puede volver al lugar de donde haya usted venido.

—Le acabo de decir que usted y su familia corren peligro, ¿no me ha oído?—mi voz cambió de un tono de sorpresa a otro de enfado.

—Perfectamente, ha dicho que un kristin le busca a usted, no a mí ni a mi familia, de modo que coja a sus guardias e instrúyalos antes de ponerse a trabajar—sentenció el Hîr dando medio vuelta y dando por finalizada la conversación.

—¿Llama guardias a estos hombres? ¡Son granjeros!—había intentando mantener la calma pero al final perdí los nervios. Qué complicado es tratar con las gentes de Mérlobock.

—Mañana irá a la ciudad de Ondianne a reclamar los impuestos del Hîr, espero que sepa cumplir su cometido, de lo contrario yo mismo le pagaré un pasaje en Brionne para

que se largue de aquí—respondió sin girarse mientras se alejaba, hasta salir del comedor.

Miré incrédulo a Alissa y Alatirno, ambos igual de sorprendidos que yo. Observé a mis guardias un par de segundo y no pude evitar contraer mi rostro en una mueca de desagrado.

—Guardias dice el muy...

—Kátsar, ¿podemos hablar un momento en mi despacho?— preguntó Alatirno de repente, interrumpiendo los improperios que me preparaba para soltar.

;,;

El despacho de Alatirno era distinto a como lo recordaba, todo estaba recogido y ordenado, y donde antes descansaban libros y papeles apilados, ahora había varias bolsas de viaje.

—Tu hermano ha perdido la cabeza—dije cuando al fin estuvimos a solas.

—Creo que esto es tuyo—respondió Alatirno de repente señalando una esquina donde descansaba apoyada *Esfinge*—. Cuando desapareciste, mi hermano la buscó por la casa, pensé que la echarías de menos.

Me acerqué despacio y con respeto a mi fiel espadón. Arma centenaria empuñada por reyes y héroes del pasado, ahora en manos del último kristin, o penúltimo, qué irónica es la vida.

—De modo que te busca un kristin—dijo Alatirno sin importancia, pasando uno de sus pequeños y rechonchos dedos por el escritorio del despacho, dejando un ligero surco sobre la capa de polvo acumulado.

—Y no sólo me busca a mí, también busca mi espada.

—¿Y qué tienes pensado?

—Mientras esté aquí estáis a salvo—respondí con tono frustrado—, ya consiguió darme caza una vez, lo volverá a intentar.

—¿Y si no encontrase lo que busca?—preguntó de repente, mirándome con sus pequeños ojillos de cerdo.

—¿Qué insinúas?

—Y si... —de repente dejó de hablar y en un silencio impropio de alguien de su tamaño se dirigió a la puerta de la habitación y la cerró— Tal vez haya llegado el momento de adelantar nuestro viaje.

Volví a mirar las bolsas de viaje que descansaban en el suelo.

—¿Te refieres a las minas?

—Me refiero a las minas—confirmó dibujando una sonrisa en su rostro.

—Me parece que tu hermano ya tiene planes para mí, ¿acaso no lo oíste?

—Mi hermano quiere que vayas a Ondianne con tus nuevos guardias a recaudar los impuestos del Hír—respondió poniendo los ojos en blanco—. Lo que mi hermano no sabe es que en lugar de Ondianne iremos a las minas del norte.

Miré a Alatirno como si fuese la primera vez que veía a aquel hombre. Su rostro parecía diferente, en lugar de un rostro asustadizo y nervioso, había adoptado un porte serio y seguro.

—¿Y qué pasa con el equipo que necesitabas?—pregunté sonriendo, preso del optimismo de su nuevo plan.

—Ya tengo a mi equipo: tú y seis guardias más a nuestras órdenes—contestó de forma triunfal—. Piénsalo Kátsar, puedes quedarte aquí bajo los órdenes de mi hermano y perseguido por un asesino a sueldo, o desaparecer embarcándote en un viaje en busca de viejas riquezas. Tú decides.

En cuanto oí hablar de viejas riquezas miré a *Esfinge*, la mayor joya que un mortal ha portado. Poco a poco mis párpados se desviaron del foco de atención buscando a Alatirno, lenta, muy lentamente, como si pesasen. Sabía que estaba siendo perseguido, sabía que una kristin estaba observándome, planeando alguna artimaña con la que volver a darme caza y robarme mi espada, pero su plan iba a tener que volver a ser planeado, pues me largaba de aquella mugrienta granja. Yo ganaría tiempo y ella se vería persiguiéndome a través de un territorio desconocido para ambos. Un nuevo rumbo había sido trazado en mi viaje.

—¿Cuándo partimos?—pregunté en un tono más alto del esperado.

Cuando decidí retirarme a Mérlobock pensé que tendría una vida tranquila y sencilla, lejos del Gran Continente. Cuántas veces me había equivocado en poco tiempo. Cuando regresé a mis aposentos, sin perder de vista ni un minuto a *Esfinge*, la dejé en el suelo y me desprendí de la ropa, preparado para darme un baño. Me sumergí en el agua fría y sucia de aquella grotesca tina metálica. Mis músculos se encogieron al sentir el agua helada pero mi mente sintió un profundo alivio. Estaba pensando en los últimos acontecimientos cuando de repente la puerta del dormitorio se abrió. Alargué el brazo y agarré a *Esfinge* dispuesto a cortar la cabeza a aquella zorra, pero una vez más me equivoqué, no se trataba de la mujer que esperaba. Alissa entró tímidamente y se encogió al verme agarrando con fuerza mi espada.

—Oh, lo siento...yo...—comenzó a hablar disculpándose.

—No, está bien. Lo siento, estoy algo tenso—respondí dejando de nuevo la espada en el suelo y relajando la espalda en la bañera.

La joven noble entró del todo en la habitación, llevando con ella una botella de vino.

—Tú y yo dejamos algo pendiente—dijo de repente con una pícara sonrisa dibujada en el rostro.

—Llevas razón—le devolví la sonrisa—, deja que me vista.

—No—dijo sorprendiéndome de nuevo al tiempo que se desprendía de su vestido. Metió tímidamente un pie que retiró en cuanto sintió la fría temperatura del agua. Algo sonrojada cogió aire y fuerzas y se metió del todo, sentándose en el extremo opuesto de la tina, mirada frente a mirada—, así está bien.

Me abalancé sobre ella y le robe un beso. No fue un beso romántico ni tierno, sino salvaje y con fuerza, al tiempo que le robaba la botella de vino. Me eché hacia atrás y con los dientes arranqué el corcho del frasco. Di un largo trago y sonreí al sentir el calor recorriendo mi cuerpo. Sí, sin duda mi viaje estaba tomando un nuevo rumbo.

Kálsar